

El archivo como una de las bellas artes

Lila Caimari. *La vida en el archivo*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2017, 145 pp.



Martín Villagarcía

Universidad Nacional de La Plata. La Plata. Argentina.

En los albores de un cambio radical, *La vida en el archivo* compila una serie de textos en los que Lila Caimari da cuenta de la experiencia de la investigación argentina y latinoamericana. Tal como el archivo sobre el que la autora se pregunta, el libro está compuesto por escritos de distintos géneros (ensayo, diario, crónica) que fueron producidos en diversos momentos con un elemento clave en común: la nostalgia por una práctica que está en vías de extinción (tal como la conocemos) gracias a la revolución tecnológica.

A la hora de escribir un trabajo de investigación, quien realiza la tarea suele enmascarar en una elipsis el camino que le permitió llegar a sus fuentes, para así dar protagonismo y poner en primer plano los argumentos con los que hace dialogar la pieza de archivo trabajada. El propósito del libro de Caimari es correr el velo de esa experiencia, poner en escena la vida cotidiana de la investigación y los pormenores de su devenir y permitir al lector echar un vistazo al detrás de escena de cómo se investiga un archivo. Si bien Caimari es historiadora y sus relatos están estrictamente ligados a su campo de trabajo, la experiencia narrada en su libro no se pierde en el traslado a otras disciplinas y sus avatares pueden ser perfectamente asimilados a los de todo investigador de ciencias sociales.

La investigación, como la presenta Caimari en “Materias primas y experiencia de la historia”, la “Introducción” al libro, es una labor artesanal que responde a una técnica. El archivo es una materia prima de la que se dispone y monta en función de una hipótesis con la que entabla un vínculo bidireccional: el hallazgo es hablado por los argumentos presentados y estos a su vez son hablados por el archivo. No se trata siempre de una relación de confirmación, muchas veces el argumento se vale del archivo precisamente para llevarle la contra y ponerlo en cuestión. El arte y la originalidad de la técnica están en el modo de hacer interactuar estos dos elementos, torciendo expectativas de lectura y alterando contextos. Partiendo de una misma pieza

de archivo puede llegarse a múltiples conclusiones. En este sentido, es de capital importancia la perspectiva que se adopta para encontrar nuevos significados, iluminar zonas oscuras y habilitar otras vías de acceso. Esa pluralidad de enfoques posibles es la que permite la convivencia de diferentes trabajos de investigación sobre un mismo tema y, lo que es más enriquecedor, el intercambio con otras disciplinas.

La experiencia de Caimari investigando el sistema carcelario argentino, tema del primero de los textos que componen *La vida en el archivo*, muestra que el sentido de una investigación no siempre es lineal. Más bien es un camino errático, susceptible al azar y atravesado por senderos que se bifurcan constantemente. A cada paso que se da sobre el archivo, se abre una nueva línea, un nuevo eje de lectura o análisis y el proyecto se encuentra siempre expuesto a devenir otro. Ante esta situación, la astucia de quien investiga está en su capacidad para acompañar ese camino. En el caso de Caimari, todo comienza con un intento por dar vuelta a la página de su tesis de doctorado sobre la relación del Peronismo con la iglesia. En el ensayo “Entre el panóptico y el pantano”, narra el hallazgo de un artículo sobre un grupo de abogadas porteñas de la década de 1930 que intentó desafiar el poder de la congregación religiosa que controlaba el sistema carcelario femenino. Ese artículo, que establecía un puente con su investigación anterior, contenía el germen de sus futuros trabajos sobre criminalidad en la Argentina.

Si bien el seguimiento de una línea de investigación y su posterior escritura suelen llevarse a cabo en soledad, hay una parte importante del trabajo con el archivo que se debe llevar en conjunto. Allí es donde entra en escena quien custodia el archivo: las bibliotecas, los archiveros, los coleccionistas, etc. El archivo en su materialidad es un objeto cuyo valor, como la belleza, está en el ojo de quien lo mira. Su accesibilidad y disponibilidad dependen íntegramente del grado de importancia y relevancia que tiene para quien lo

guarda (y de su eficiencia y generosidad). La basura de unos, copiada en toneladas de papel que duermen juntando polvo en bibliotecas heredadas o vagamente supervisadas, puede convertirse en el tesoro de otros y valer su peso en oro. El acceso rara vez es directo y en ese aspecto Caimari se detiene a la hora de narrar su paso por una biblioteca de la Policía en la crónica "Escenas del archivo policial". Como es de esperar, la entrada requiere de todo un protocolo y burocracia imposible de cumplir. Como Sor Juana en el ensayo que le dedica Josefina Ludmer, quien investiga debe valerse de las "tretas del débil" para poder lidiar con el guardián y colarse entre las rejas que guardan el archivo. En este sentido es de capital importancia jamás demostrar un interés que pueda sobrevalorar la pieza buscada ante quien la custodia y obstaculizar aún más su disponibilidad. Una vez que se consigue entrar, el trabajo debe ser detectivesco y furtivo, aprovechar cualquier distracción para avanzar de manera imperceptible, juntar la evidencia y retirarse victoriosamente.

El actual devenir del archivo propone una solución para esta relación con el archivero de la mano de la revolución tecnológica y del giro digital. El texto "Archivos del crimen y giro digital" cuenta cómo la apertura de los archivos por parte de los estados latinoamericanos y la digitalización que la permite y pone a disposición para su consulta está cambiando radicalmente el trabajo de investigación. El acceso, históricamente mediado por una burocracia infinita que lo entorpecía y postergaba indefinidamente en el tiempo, de pronto se ve facilitado por organismos de los mismos Estados que suministran un material que antes estaba al servicio exclusivo de la justicia y hoy, gracias al afianzamiento de la democracia y consolidación de la investigación como práctica, es de libre consulta en internet. En este aspecto son de capital importancia dos factores. En primer lugar, el fin de la materialidad: un archivo que antes ocupaba un espacio físico y requería de la presencia *in situ* del investigador para consultarlo pasa a ocupar un espacio virtual, impalpable y, por ende, mucho más propenso a la acumulación, puesto que perdemos de vista su volumen. En segundo lugar, el ingreso a internet sustrae al archivo de su dimensión individual y fetichista y lo reubica en una red compuesta por una colectividad de fuentes de información puestas a compartir.

Parafraseando a Walter Benjamin, podemos pensar la revolución tecnológica como el ingreso del archivo

a la era de su reproductibilidad digital. La escasez, propia de su difícil apertura antaño, se convierte en superabundancia y el pequeño hallazgo material producto de una dedicación detectivesca se multiplica exponencialmente al punto de la acumulación abrumadora e inabarcable. Por un lado, la digitalización democratiza el archivo, lo pone a libre disposición para quien desee consultarlo a través de internet y erosiona el carácter individual y privilegiado de su manejo. Aún más, y en el caso particular del archivo latinoamericano, lo descoloniza al recuperarlo de la tradicional salvaguarda de la academia estadounidense, volviéndolo ubicuo y poniendo fin al acceso como valor en sí mismo. Por el otro lado, tal como observa Walter Benjamin sobre el arte a comienzos del siglo XX, la revolución tecnológica implica también el paso de la materialidad a la virtualidad y la ulterior pérdida del aura, algo que el acceso remoto no puede suplantar. El archivo virtual carece del valor unívoco del material, ya que se convierte en una de las tantas copias que internet reproduce *ad infinitum*, y altera radicalmente la experiencia sensible de quien investiga con su objeto de estudio. Sin embargo, a través de una reflexión con otros colegas, Caimari concluye que el archivo digital no viene a reemplazar totalmente el físico. Se trata más bien de una herramienta capaz de convivir con su correlato material, como el *ebook* con el libro de papel o la reproducción de películas en casa con ir al cine. La ilusión de contemporaneidad que da el objeto siempre es recuperable.

El balance, al final, es positivo, puesto que el giro digital no solo amplía la circulación del material, sino que pone en relieve la destreza de un método de investigación (por sobre el acceso exclusivo privilegiado) y devuelve el archivo a su dimensión colectiva, en tanto se trata de un esfuerzo comunitario por compartirlo. Al respecto, en el "diario de la hemeroteca" que compone la última parte del libro, Caimari hace hincapié en las redes de digitalización clandestinas que conviven (y compiten) con las políticas estatales. Con el fin de poner a disposición un material que se sabe útil y necesario para la comunidad, grupos de usuarios aprovechan la revolución tecnológica para poner en marcha ellos mismos su propio plan de digitalización masiva con la promesa utópica de un acceso puro y libre del anterior yugo de lidiar con archiveros y bibliotecarios. Así, la investigación recupera y refuerza el valor social que tiene como propósito original, que es socializar y comunicar un conocimiento.